

del lugar donde los bárbaros Lotófagos recibieron a Ulises. Contaban los Espartanos que un tío de Eurístenes y Proclo, primeros reyes de aquel país, condujo una colonia dórica a la isla de Calista, escasamente poblada de Fenicios, y que de su propio nombre la llamó Tera. Esta colonia progresó poco a poco hasta que, unos siete siglos antes de Cristo, huyendo de una grande sequía emigró al África, donde fundó a Cirene. Era esta celebrada por su tráfico, agricultura y razas de caballos, y llegó a tanto su lujo, que los antiguos autores no cesan de hablar de los perfumes de sus jardines, de la fragancia de sus rosas, y de otros deleites de los sentidos. Cultivaba también el laserpicio, muy estimado en el comercio. Cirene se gobernó por reyes hasta que Demónaces de Mantinea llamó al pueblo a tomar parte en el gobierno. Nacieron de aquí guerras, en las cuales se mezclaron los Persas, sometiendo las ciudades confinantes, mas no a Cirene que los resistió. Cuando esta pidió leyes a Platon (1), no quiso dárselas juzgándola demasiado corrompida. Habían emigrado también allí los Mesenios, a quienes Esparta no concedía paz, y desde aquel momento se separó Cirene de los intereses de la Grecia; sostuvo varias guerras con los Libicos y los Cartagineses, y después sufrió la tiranía de Ariston, sacudida la cual recobró la libertad, que conservó por mucho mas tiempo que la Elade, pues que hasta la época de Tolomeo no se unió la Pentápolis al Egipto.

(1) BENTHAM, de la organización judicial y de la codificación, Lecc. VII, pág. 391, indica que conviene confiar a un extranjero la redacción de los códigos. Esta aparente novedad no es por tanto mas que una reminiscencia de las costumbres antiguas; pero, como tantas otras, inconveniente para el estado de los pueblos modernos. En efecto, los códigos, principalmente los, deben tener por base los usos, las costumbres y las opiniones de cada pueblo; y como habrá de conocerlas un extranjero? El acta de reforma del parlamento inglés del 22 de junio de 1825 acerca de los jurados, comienza: « Considerando que es necesario revisar y modificar las muchas y complicadísimas leyes relativas a la calificación, llamamiento y formación de los jurados en Inglaterra, aumentar el número de personas aptas para ser jurados, cambiar el modo de formar sus tribunales especiales, y modificar las leyes también por otros conceptos... etc. » Todas estas cosas, ¿ cómo las conoce un extranjero? El mismo Rousseau, encargado de formar el código para Córcega, escribía a Buffon: « ¿ Cuánto me agrada el viaje que estáis haciendo por Córcega! No puede menos de sernos de grande utilidad. Si como creo tiene por objeto contribuir a nuestro intento, veréis lo que conviene decirme mucho mejor que puedo yo ver lo que conviene preguntaros. » Reclama en seguida un mapa completo de la Córcega, una descripción exacta del país, de su historia natural, de sus producciones y cultivo, noticia de los distritos en que está dividido, del clero y de su influencia, si hay familias antiguas, cuerpos privilegiados, nobleza; si las ciudades tienen fueros municipales y hasta qué punto los tienen en estima; las costumbres del pueblo, sus inclinaciones, entretenimientos y ocupaciones; la historia de la nación hasta aquella fecha, las leyes, los estatutos, la administración de la justicia, los ingresos del Erario público, el orden económico; cómo se distribuyen y recaudan los impuestos; « en suma, (añade) en todo aquello que da mas a conocer el carácter nacional nunca sobrarán los pormenores. A veces un rasgo, una palabra, un hecho solo, dice mas que un libro. » No indica esto bien que un extranjero es incapaz de dar un código? Locke no lo pensaba así, y en la constitución que en 1662 formó para la Carolina, anduvo a tientas, poniendo instituciones enteramente arbitrarias, con una aristocracia feudal, una especie de gobierno oligárquico en manos de los propietarios.

Krennah, situada en aquella costa, presenta todavía algunas ruinas de la patria del filósofo Aristipo, del poeta Calimaco y del geómetra Eratóstenes. En las grutas excavadas en el monte, y destinadas a sepulturas, se ven mas ó menos adornos arquitectónicos, y aun pinturas, una de las cuales representa las ocupaciones de un esclavo negro, y la manera de vestir de los antiguos Africanos. Las largas vestiduras azules sin ceñidor que se notan en las mujeres, con pañuelos ó tocas encarnadas alrededor de la cabeza, tienen semejanza con el tocado de los modernos Berberiscos. Extraense de aquellas tumbas urnas y vasos pintados, ornamentos de oro y plata, como también gran cantidad de camafeos. En las figuras domina constantemente el tipo europeo; en la arquitectura, la columna griega parece que descansa sobre bases egipcias, excepto en la antigua Tolemáida, donde se observa mas general y perfecto el estilo egipcio colosal. En Krennah, en medio de los olivos, de las palmeras y de las vides, se encuentran muchísimas inscripciones; y todavía se ven las reliquias de un estadio, el sitio del hipódromo y del mercado que cantó Píndaro, una gran cisterna, baños, y templos; y en medio la cristalina fuente que dió nombre a la ciudad (1).

## CAPÍTULO XI

### Guerra meda.

Hemos visto cómo se establecieron muchos pequeños Estados griegos unidos entre sí, con tan débiles lazos, que no daban motivo para esperar ninguna grande empresa comun. La ocasión, sin embargo, los reunió, y así como la Italia, fraccionada en tantas repúblicas como municipios, se reconoció una y grande cuando Barbaroja atentó a su independencia, lo mismo sucedió en la Grecia cuando se vió amenazada por los reyes persas (2).

Imaginaban estos, que los pequeños Estados contiguos a su gran imperio, debían ser sus obedientes satélites. Cuando conquistada la Lidia quedaron confinantes con el los Jonios, Bias de Priene, uno de los siete sabios, exhortó a estos a que cruzaran el mar, trasladándose a Cerdeña para conservar su libertad amenazada. Y a la verdad, las quebrantadas fuerzas de las colonias del mar Egeo vecinas a la Lidia, no apoyándose unas en otras, ¿ cómo podían resistir a aquellos reyes poderosos? ¿ Como ya las había

(1) Κρηνη Ἀπολλωνος. La antigua Cirenaica es mas conocida desde que Della Cella, en 1819, acompañó hacia la Gran Sirte al ejército que el bajá de Trípoli enviaba contra su hijo rebelde Mehmet Karamilli. Véase también J. R. PACHO, Voyage dans la Marmarique et la Cyrénaïque, Paris 1829.

(2) Herodoto nos sirve de autoridad hasta la batalla de Plataea en 479; desde esta hasta el principio de la guerra del Peloponeso (431), no tenemos historiadores contemporáneos: suple en parte su falta Diodoro Sicilo, cuyos libros VI, VII, VIII, IX y X se han perdido, y el XI principia en el año 450. Sus errores cronológicos se corrigen en la introducción de Tucídides.

amenazado, y habiéndole intimado los Espartanos, de quienes los Jonios eran considerados como hermanos, que los dejase en paz ó que en otro caso avanzarían contra él, les respondió que les daría tanto que llorar con sus propios desastres en Europa, que mal podrían pensar en los del Asia. La muerte le impidió llevar a cabo esta amenaza; pero Darío, hijo de Histáspes, sometió a los Jonios, nombrando sátrapas de cada ciudad a los principales ciudadanos, que por interes propio tuvieron que obedecer.

522. Pasando entónces a la Escitia (1), mandó echar un puente sobre el Danubio, cuya custodia dejó encargada a aquellos sátrapas, entregándoles una cuerda con sesenta nudos con orden de desatar uno cada día y de no retirarse hasta haberlos desatado todos. Entre aquellos sátrapas se hallaba Milciades, descendiente de otro de este nombre que, descontento de Atenas en tiempo de Pisistrato, había dado oídos a las invitaciones de los Tracios, y fundado una colonia en el Quersoneso. Este, pues, que ya había merecido bien de los Atenenses, conquistando para ellos a Ímbros y Lémnos, y había sido reconocido por el rey persa como señor del Quersoneso, noticioso del mal éxito de la empresa de Darío, dió el siguiente consejo: *Córtese el puente, Darío morirá de hambre, y la Grecia será libre.*

508. Pero Histieo de Mileto, prefiriendo las dulzuras del mando, se opuso a ello; y Darío con las reliquias de su ejército volvió salvo a Persia. Histieo alcanzó en la corte una gran posición; pero despreciado luego como sucede a los viles, meditó cosas nuevas; y con Aristágoras, su yerno, a quien había dejado el gobierno de Mileto, trató de sublevar el Asia Menor contra los Persas. Aristágoras, en efecto, tremola la bandera nacional; reúne en torno de ella la flor de la juventud jónica, animada para un solo objeto; arroja del país a los magistrados persas; y para oponer al turbion asiático un elemento de upion y de fuerza, proclama la libertad, hace espontánea renuncia del mando, depone a los otros tiranos, y como hizo Franklin en tiempo de nuestros padres, viene a Europa a reclamar contra los extranjeros el socoro de sus hermanos.

505. Dirigióse primero a Esparta, donde Cleómenes, habiendo lanzado del trono a su colega Damarato, reinaba solo, y como tirano, favorecía a los tiranos. Hippias, enemistado con Atenas que le había desposeído, no hizo caso de Aristágoras. Mejor acogida tuvo este de los Atenenses, ardientes entusiastas de la apenas recobrada libertad, enemigos de los Persas que habían dado asilo y esperanza a Hippias, y atemorizados al ver aproximarse hacia la Europa a Darío, el cual, a pesar de su mal éxito contra los Escitas, había devastado la Tracia, sometido la Macedonia, ocupado las islas de Ímbros y Lémnos, atacado a Naxos, y amenazado a la Eubea.

(3) Véase arriba pág. 392.

Prestáronse por tanto propicios a la invitación, y aprontando veinte naves, a las cuales se reunieron al paso algunas otras, desembarcaron en la Lidia, tomaron a Sárdis, é inmediatamente la incendiaron. Artaférnes, sátrapa persa que allí residía, repuesto de la sorpresa, dió caza a los Griegos, haciendo en ellos grande estrago. La desdicha, y mas que todo el oro de los Persas, introdujo en ellos la desunion; los Atenenses se retiraron descontentos; Aristágoras é Histieo fueron muertos; los Persas en venganza exterminaron a Mileto, sojuzgaron a Chio, Lésbos y Tenedos, y devastaron la Jonia, excepto a Sámos que fué la primera en volver a la sumision. De esta manera se desvaneció aquella tentativa de libertad. La suave dominacion de los vencedores reparó los daños del Asia Menor; pero el primer golpe estaba dado, y los Persas sabían ya el camino de Europa.

La destruccion de Sárdis hirió tan en lo vivo a Darío, que dió orden para que un cortesano le estimulase todas las mañanas a la destruccion de Atenas. Atizaba este fuego por su parte Hippias, pintando primero a los ministros y después al monarca, como no ménos facil que gloriosa la conquista de Grecia; y hasta tal punto el ansia de dominar de nuevo prevalecía en el vil descendiente de Pisistrato sobre el amor de la patria!

493. Darío, en efecto, encomendó a Mardonio que se aprestase a la venganza con una escuadra y un ejército poderoso; pero una tempestad destruyó las naves junto al promontorio Átos, y los Tracios exterminaron el ejército de tierra. No desistió el rey por eso de su intento, y despachó dos heraldos a los Griegos, reclamándoles la tierra y el agua, esto es, la sumision. 491. Oyendo los Espartanos esta indigna propuesta, arrojaron a un pozo a los heraldos y se prepararon para la guerra; pero no en todos los Griegos se despertó igual espíritu; antes bien se sometieron las islas, y muchas ciudades de tierra firme, y hasta la poderosa Egina, muy inmediata a Atenas. Declaráronle a esta la guerra Atenas y Esparta reconciliadas por el comun peligro; pero la tempestad arreciaba, y Darío envió a Dátis y Artaférnes con gran copia de naves y de gente. Guiados por los consejos de Hippias, saquearon estos primeramente a Eretria en la isla de Eubea, separada de Atenas solo por un canal, y trasladaron a sus habitantes a Anderica en la Susiana, cuyos descendientes reconoció allí seis siglos después Apolonio de Tiane.

En este urgente peligro, Atenas reclama los socorros de sus confederados; pero la mayor parte, temerosos, no osan dar la cara; Esparta promete enviarlos, pero después que llegue el plenilunio, tiempo supersticiosamente considerado favorable; Platea solamente arma mil hombres. No por eso se sobrecogen los Atenenses; los anima Milciades, el cual habiendo guerreado ya con los Persas en su primera

Incendio de Sárdis 301.

493.

491.

Batalla de Maraton. 26 de septiembre de 490.



edad, no se asusta del número, y por tanto, con solos diez mil hombres y algunos esclavos se presenta en Maraton al encuentro de los Persas, cuyo número, según los cálculos menos exagerados, ascendía á diez veces mas. La experiencia de Milcíades, el desinterés de los demas generales que pusieron en sus manos la autoridad, y el valor de todos los guerreros, aseguraron á los Griegos la victoria con muerte de muchos Persas y de Hippias (1). Á la mañana siguiente llegaron dos mil Espartanos bajo los auspicios de la luna llena. El ejército destinado para llevar á Susa todos los Atenienses encadenados, y que conducía un trozo de mármol para erigir el trofeo, quedó tan destrozado, que se retiró huyendo, no ya al campamento, sino á las naves; el mármol fué entregado á Fidias, que esculpió en él una Némesis; erigiéronse tumbas en el mismo campo á los que en él murieron, y se pintó esta victoria en el pórtico Pecilo de Atenas, donde por única recompensa fué colocado Milcíades á la cabeza de los demas generales en actitud de exhortar á la refriega. Habiendo reclamado este general la honra de una corona de olivo, opúsose Socáres á tal pretension en la asamblea, diciendo: *Obtendrás honores tú solo, cuando tú solo venzas.* Tan escasos andaban entónces los honores que despues se prodigaron!

Muerte de Milcíades.

Audió seguidamente Milcíades con setenta bajeles á castigar las islas que habian faltado á los pactos; pero, siéndole adversa la fortuna en Páros, fué sospechado de traidor, y condenado en los gastos de aquel armamento. No teniendo con qué pagarlos, fué reducido á prision y murió en ella; él, que al dominio del Quersoneso habia preferido la igualdad con los demas ciudadanos de su patria, que habia venido en Maraton y engendrado á Cimón! Tales ejemplos no maravillan á quien conoce la historia, y contempla la sociedad.

Aristides y Temístocles.

Habia combatido tambien en Maraton Aristides, que se señaló entónces en Atenas por su política desinteresada y su justicia, mientras Temístocles se hacia notable por su destreza y valor sin igual: uno y otro verdaderos fundadores de la grandeza de Atenas. Y si de aquí en adelante parece que tratamos con preferencia de individuos particulares, consiste en la naturaleza de las democracias prepotentes, cuya historia está reducida á las biografías de los mas poderosos ó afortunados demagogos.

Florece en Atenas por aquel tiempo Esquilo, que despues de haber combatido en Maraton, excitaba el sentimiento nacional con sus tragedias: santo uso del ingenio. Ejecutábase cierto dia una de ellas en el teatro de Atenas, y al escuchar aquel verso: *Y quiere mas bien ser justo*

(1) Herodoto dice que hubo 6,400 muertos; Justino y Suidas 200,000. Jenofonte refiere que los Atenienses habian hecho voto de inmolar en honor de Diana tantas cabras cuantos enemigos matasen; pero que viendo luego serles imposible cumplir este voto, resolvieron sacrificar 500 cada año

que parecerlo, todas las miradas se volvieron hácia Aristides; tan vulgar era la opinion de su rectitud. Por el contrario, Temístocles era hombre de pasiones impetuosas; le habia heredado su padre por sus excesos, pero resarcíó aquel oprobio adquiriendo experiencia en los negocios privados y públicos, en términos que llegó á ser el primer ciudadano de Atenas. Decía que los trofeos de Milcíades le quitaban el sueño: tanto se desvivía por emularlo. Elocuencia triunfadora, incansable actividad, mucho conocimiento de las leyes, del gobierno, de la política y de la disciplina militar, valor indomable en el campo de batalla y en las adversidades, y fecundidad de ardidés, eran las dotes que mas lo distinguían. Proponiéndose un fin, sabía caminar derecho á él sin detenerse mucho en escoger el camino, y al revés de Aristides, procuraba mas bien el triunfo que la victoria, y parecer virtuoso que serlo.

Aristides, comprendiendo lo peligroso de semejantes cualidades para un país libre, comenzó á salirle al encuentro desde los primeros pasos, oponiéndosele hasta en los mejores proyectos que proponía, por temor de que llegase á adquirir demasiado poder en la república; pero el hombre honrado en lucha con el astuto fácilmente sucumbe. La confianza con que los Atenienses ponían en manos de Aristides el arreglo de sus disensiones, dió pretexto á sus enemigos para esparcir la voz de que aspiraba á la dominación; y tanto insistieron en este punto, que le hicieron comparecer al juicio del ostracismo. Asistía él en persona á aquella asamblea, cuando un ciudadano se le acercó sin conocerlo, rogándole que escribiese el nombre de Aristides en la concha que despues se depositaba como voto condenatorio. Aristides le preguntó: *¿Pero qué mal te ha hecho ese hombre?* y respondió el otro: *Ninguno, ni aun si quiera lo conozco, pero ya me cansa oírle llamar continuamente el Justo.*

Ostracismo de Aristides.

Fué condenado al destierro; y al salir de su patria rogó á los dioses que jamas tuviese esta necesidad de él. Todo quedó entónces en manos de Temístocles, que imponía como ley su voluntad. Aspiraba este á realizar el designio de Milcíades, haciendo á Atenas señora del mar, castigando á las islas desleales, y desalojando de ellas á los Persas. Consiguíó que la plata de las minas del monte Laurio, que solía consumirse en públicas liberalidades y espectáculos, se invirtiese en construir una escuadra de cien galeras. Con ella movió guerra y redujo á Egina, cuyos piratas infestaban el Ática; volvió luego sobre Corcira, poderosa en la mar, se enseñoreó del Mar Égeo, y con el botín enriqueció al pueblo; pero siempre aconsejaba á toda la Grecia la concordia y la vigilancia, diciendo que el incendio pérsico estaba oculto pero no apagado. Darío, en efecto, habia preparado ya un nuevo ejército para lavar la afrenta de Maraton, cuando una sublevación

483.

483.

del Egipto atajó su proyecto, y al poco tiempo murió, dejando por sucesor á Jérges, habido de su segunda y predilecta mujer Atoxa, hija de Ciro.

Jérges I. 485.

Jérges habia crecido en el serrallo, era de buen ánimo, pero enervado, no conociendo del reinar sino la pompa y el deleite. Envió á su hermano Aqueménés á someter el Egipto, que despues gobernó pésimamente. Estimulábanlo de continuo contra la Grecia su cuñado Mardonio, exasperado por su anterior derrota, los Pisistrátidas, ansiosos de dominio y de venganza, los Aleuadas, príncipes de Tesalia desposeidos, y el adivino Onomacrito que movía á su voluntad el corazón del rey, el cual dió oídos á todos ellos. Tres años duraron en Persia los preparativos: con la alianza de Cartago se halló medio de sojuzgar las colonias griegas de Sicilia; todos los pueblos sujetos á Persia fueron invitados como á una guerra nacional; de tal modo que cuando Jérges emprendió su marcha atravesando el Asia Menor, el Helesponto, la Tracia y la Macedonia, iba engrosando á cada paso su ejército.

Invade la Grecia. 481.

Un dia se presentaron á Jérges dos Espartanos, los cuales, rehusándole el homenaje oriental (1), le dijeron que habiendo Esparta en la otra guerra dado muerte á dos embajadores, y temiendo haber irritado con esto á los dioses, iban ellos á entregarse en reparacion de aquel ultraje. Respondióles Jérges que si sus conciudadanos habian vulnerado el derecho de gentes, él no los imitaria, ni haría expiar á sus enviados aquel sacrilegio, despachándolos salvos con esto. Habiendo cogido tambien tres exploradores atenienses, dispuso que en vez de castigarlos se les mostrase parte por parte aquel inmenso preparativo, esperando que su sola descripción bastaría para amedrentar los ánimos mas atrevidos.

Ejército de Jérges. 480.

En efecto, cincuenta y seis pueblos diversos y remotos servían en aquel ejército, unos á pié, otros á caballo y otros en las naves, con trajes, armas y banderas distintas á la usanza de su respectivo país; Indios vestidos de algodón, Etiopes cubiertos de pieles de leones, Baluscos negros de la Gedrosia; tribus nómadas de la Mogolia y de la Bucaria, cazadores salvajes como los Sagartianos, armados solamente de lazos de cuero; Medos y Bactrianos con ropajes ostentosos; Lidios en sus carros de cuatro caballos, Árabes cabalgando en camellos, marineros fenicios, Griegos asiáticos. Para nosotros que hemos visto la Francia en su revolucion armar casi un millon de soldados, no es tan difícil creer que el ejército de Jérges se compusiese de un millon setecientos mil infantes y cuatrocientos mil caballos, además de una turba de vagabundos, mujeres, marineros y eunucos que hacían subir el total de aquella masa á unos cinco millones, ejército seme-

(1) Los cuatro frailes enviados al Gran Mogol Baschu-nuyan en 1247 hicieron otro tanto.

jante al de los Cruzados, ó al de Gengis-kan (1).

48

Entre Sesto y Abidos se construyó un puente de barcas; y habiéndolo deshecho la tempestad, mandó Jérges en castigo azotar al mar: construido despues otro, invirtió siete dias en pasarlo el ejército (2), conducido como los Cosacos á latigazos, contra un puñado de gente libre. En Dorisco pasó Jérges revista, y cuentan que lloró, considerando que dentro de pocos años ninguno de aquellos hombres existiria. ¿Por qué, pues, no economizaba su sangre? Á Damarato, rey espartano, que arrojado del reino por Cleómenes, se habia acogido á su protección, le preguntó: *¿Osarán los Griegos esperar á tantos guerreros?* La respuesta fué la siguiente: *Ciertamente lo harán los Lacemonios, los cuales son libres, pero obedientes á la ley, y la ley les manda vencer ó morir.*

El mismo Damarato habia advertido del peligro oportunamente á los Griegos; pero estos no conocieron aquella concordia de que proviene la fuerza. Á la primera intimación de Jérges doblaron la cerviz aquellos Macedonios que poco despues debían abatir su imperio; y lo mismo hicieron los Etolios, Dólopes, Enios, Perreos, Locrenses, Melios, Ftiotas, Tebanos, Magnesios, Beocios, excepto los Tespios y los Plateenses. Los demas, ó intimidados, ó zelosos de Atenas, se separaron de la confederación, de modo que parecia inevitable la pérdida de la Grecia. Pero quedaban todavía Atenas y Esparta; y entónces se echó de ver cuánto poder tenia la representación religiosa y política de los Anfitriones, los cuales reunidos en el istmo, sostenían el valor del pueblo, mandaban embajadores á los aliados y á las colonias, imponían sacrificios á los sacerdotes y dictaban oráculos á la Pitonisa. Entretanto los Argivos pretendían el mando de la escuadra, y desairados se pasaron á las filas de Jérges; ambicionábalo tambien Gelon, rey de Siracusa, en cambio de los grandes socorros que ofrecía, y habiéndosele asimismo negado,

(1) Según Herodoto estaba compuesto de este modo:

	Personas.
1,207 galeras triremes con 200 hombres de tripulación. . . . .	241,400
50 hombres de servicio para cada galera. . . . .	36,210
3,000 naves á 80 hombres. . . . .	240,000
Total de la armada. . . . .	517,610
Ejército de tierra: Infantería. . . . .	1,700,000
Caballería. . . . .	400,000
Servicio de carros de guerra y de camellos. . . . .	200,000
Total. . . . .	2,817,610
De la Tracia y de las provincias inmediatas llevaron para las naves. . . . .	24,000
Para el ejército de tierra. . . . .	30,000
De donde resultan alistados entre Asia y Europa. . . . .	2,611,610
Podía contarse igual número de siervos de tierra, y chusma de las naves de carga.	
Total general. . . . .	5,513,220

En la descripción del ejército, sin duda Herodoto tenia presente la reseña de Homero; pero debia tener tambien á la vista documentos persas.

(2) Si bien no imposible, tengo por un sueño la cortadura del monte Átos como otras cien fábulas que han publicado á este propósito historiadores por otra parte dignos de fe.



contentóse con mandar solo un puñado de gente á proteger á Delfos. Los de Corcira y los Cretenses estuvieron á la expectativa aguardando el fin de la tragedia; y las colonias de Italia no podian dar un paso, amenazadas como estaban por los Cartagineses, aliados de Jéjres.

Los Persas, pues, avanzaban en tres cuerpos: uno siguiendo la costa, y los otros dos internándose en el país; la escuadra, mientras tanto, les suministraba abundantes provisiones, y de todas partes acudian Griegos á ofrecer el agua y la tierra. Vinieron tambien los Tesalios; pero siguiendo despues mejor consejo, acordaron atajar á los Persas el paso de sus montañas. Eveneto y Temístocles acudieron allí con diez mil combatientes para proteger el paso del Euripo; pero habiendo entendido que por la Macedonia podian tener mas fácil camino, y no hallándose en disposicion de acudir á uno y otro punto, abandonaron el primero, de modo que los Tesalios se vieron precisados á rendir homenaje á Jéjres.

En medio de tanta escasez de recursos parecia que Temístocles se multiplicaba. Depuesto el rencor, propuso que se llamase de nuevo á Atenas á los desterrados, entre ellos á Aristides, que acudió al socorro de la patria. La Pitonisa pronunció un oráculo diciendo que los Atenieses debian buscar su salvacion en muros de madera; y Temístocles, persuadiendo á los demas que el dios queria con aquellas palabras indicar la escuadra, los indujo á abandonar á Atenas, trasladar á Egina, Trezene y Salamina las mujeres, los niños y las riquezas, y hacerse los demas al mar, en el cual reunió trescientas naves entre atenienses y aliadas, situándose con ellas en la punta del promontorio Artemisio. Pero entónces comenzaron las contiendas sobre el mando, y el Espartano Euribíades fué elegido almirante por el voto de los confederados. Á Temístocles, mucho mas capaz, no le impidió el despecho aconsejar lo que creia mejor; en un consejo se acaloró tanto la disputa que Euribíades llegó á levantar el baston contra él, y Temístocles impertérrito le dijo: *Da, pero escucha.*

Las Termópilas.

Impedido el paso por mar, trataron de cerrar el de tierra. Entre la Tesalia y la Lócride se estrecha una garganta llamada las Termópilas, rodeada por un lado de horribles precipicios y de los despeñaderos del monte Eta; al Levante, de lagunas; y en ciertos puntos tan sumamente estrecha, que no podian pasar por ella dos carros de frente. Los Focenses habian fabricado allí un muro para contener las correrías de los Tesalios. Á guardar este paso fué enviado Leónidas, rey de Esparta, el cual no quiso llevar consigo mas que trescientos Lacedemonios. Antes de salir de su patria celebraron estos sus propios funerales con juegos solemnes. Al despedirse de Leónidas le preguntó su mujer: *¿Qué encargo me dejas? Te dejo, respondió, el de casarte con un valiente digno de mí, y que te haga madre de hijos dignos de*

*entrambos.* Á este grupo de héroes se reunieron hasta unos siete mil.

Jéjres, que en doce meses de camino no habia visto un enemigo, cuando supo que los Espartanos lo aguardaban, envió á decirles que dejaran las armas: *Ven á tomarlas,* fué la respuesta. Prometiéndoles cuantas tierras quisiesen y el primado de la Grecia; ellos replicaron que no querian autoridad á precio de una infamia, y que estaban acostumbrados á conquistar las tierras con la espada. No comprendiendo todavía cómo un puñado de hombres osaba resistir tanto diluvio de gente, concedióles cuatro dias de plazo para entregarse, pasados los cuales les avisó que caería sobre ellos. Al quinto día los centinelas anunciaron á aquellos valientes: *Ya tenemos encima los Persas.* — *Antes bien,* repuso Leónidas, *los tenemos debajo.* — *Pero, son tantos,* replicó un enviado, *que sus flechas oscurecerán el sol.* — *Mejor,* dijo Dionéces; *con eso combatiremos á la sombra.*

Combatieron y vencieron. Pero el Griego Estóltes (viva para la infamia el nombre del traidor) indicó á Jéjres otro paso por el cual cogió á los Griegos por la espalda. Resolvieron estos retirarse, pero la ley decia á los Espartanos: *Morid primero que abandonar el puesto.* Así, pues, quedóse Leónidas con sus trescientos y algunos centenares mas de aliados, y preparando un banquete les dijo: *Esta noche os convidó á cenar con Pluton.* Puesto á su cabeza, invadió por la noche el campo persa, dirigiéndose á la tienda de Jéjres. Este se habia alejado á tiempo; pero hicieron gran carnicería en los principales de su ejército y en cuantos encontraron al paso, hasta que rodeados por la multitud, vendidos por los Tebanos y descubiertos por la aurora, fueron muertos todos, excepto uno solo. No tuvieron por entónces mas exequias que los millares de enemigos muertos; despues se colocó allí una inscripcion con este verso de Simónides: *Pasajero, vé á decir á Esparta que aquí hemos muerto obedeciendo á sus santas leyes.*

Esta derrota valió mas que una victoria. Los Persas aprendieron que un puñado de patriotas bastaba contra una nube de esclavos; la Grecia se reanimó con aquel ejemplo; y los nombres de Leónidas, de Dionéces, de los hermanos Maron y Alfeo, resonando de boca en boca, animaban á todos á imitarlos. Hasta los elementos eran contrarios á la escuadra persa, obligada por su gran número á mantenerse á larga distancia de la costa. Hacia el promontorio Artemisio se combatió muchas veces sin grande empeño; pero cuando se supo que los Persas, forzadas las Termópilas, invadían la Grecia, temiendo que tambien su armada, dando vuelta á la Eubea, cogiese en medio la de los Griegos, resolvieron estos situarse entre Atenas y Salamina. Pero sobre las rocas adonde los aliados de los Persas debian ir á proveerse de agua, dejó Temístocles inscripciones que recordasen á los Jonios la comunidad de su origen y los

Julio de 480

480.



PASO DE LAS TERMÓPILAS

Garnier freres Editeurs